

más incapacitado, hasta por su propio cargo, hasta por el ministerio, donde, más que un poder, el desgraciado personificaba un recuerdo. Parece imposible cómo desconocemos por sus relatos los hechos mismos en que tomamos parte, transformados por súbitas leyendas. Si una revolución queda vencida, y tras ella sólo se recogen persecuciones y disgustos, los revolucionarios, aunque sean muchos, se reducen á cuatro gatos en la indispensable ocultación universal. Pero, si una revolución triunfa, salen los revolucionarios de las piedras. Así Roland creía ser actoras del diez de Agosto las muchedumbres actoras del dos de Septiembre, y aunque le repugnaban mucho sus actos, desconocidos en su mayor parte por él mientras pasaban, no se atrevía de ningún modo á romper con sus personas. En cambio las muchedumbres le odiaban como pudieran odiar á Luis XVI. Bien es verdad que aquel gran inquisidor de la revolución, llamado Robespierre, acababa de sugerir en el oído popular la célebre calumniosa especie de que Roland y los girondinos, deseando conservar la Monarquía, brindaban traidores con la corona constitucional á Brunswick, el generalísimo de las irrupciones y de los irruptores. Así uno de los puestos en lista para probar de los primeros el degüello fué Roland. Con efecto, el mismo día dos, mientras las matanzas extendían sus furoros por todas partes, doscientos demagogos en tumulto cercaban el ministerio de la Gobernación entregado á una plena quietud. Roland no estaba en aquel momento allí; estaba su mujer. La consideración de no hallarse allí el ministro, en nada los desconcertó; y así entraron, lanzando gritos que hacían retemblar las bóvedas, pidiendo armas que debían recibir á toda prisa. Madame Roland salió á su encuentro con la mayor calma, y les habló en perfecta serenidad, sin mostrar, no ya miedo, ni aun extrañeza. Y como la contestación á sus clamorosas demandas se caía de su propio peso, les observó cómo nadie puede dar lo que no tiene, y Gobernación pertenecía de antiguo á los departamentos ministeriales en que nunca hubo armas. Pero, las hubiese ó no, ella nada sabía, y Roland estaba de consejo en Marina, donde podían presentarle sus observaciones y sus demandas. A esta sencilla reflexión se fueron; mas no sin llevarse como prenda hipotecaria de lo dicho por la ministra un empleadillo del ministerio. Mientras tanto los borrachos, la horda de carniceros que tomaban la carne de sus semejantes por verdadera carne de reses; recaídos á sus exaltaciones dementes en horrible antropofagia; se arrojaban unos á otros las víctimas, para más atormentarlas; y entre aquellos sacudimientos las desnudaban en rápidos segundos, sin respeto á su pudor; les metían el cuchillo en la garganta sin atender á sus protestas y á sus súplicas; las abrían en canal después de asesinarlos con rabia, y arrojaban ó esparcían sus entrañas por los suelos para que sobre los despojos aún calientes, sobre los cuerpos aún estremecidos, sobre las cabezas latiendo aún, sobre los corazones palpitantes, armaran endiablados bailes, infernales orgías. Setenta y cinco años habían pasado de la matanza en el jardín carmelita, y éste sonreía, como si nada hubiera visto, con sus lilas de Marzo, con sus

rosas de Abril, con sus ruiseñores de Mayo, con sus encendidos matices de estío, con sus frutos de otoño, con el gorjeo de sus pájaros, con el oxígeno de sus frondas. La indiferencia del Universo nos sale al encuentro por todas partes, como si quisiera decirnos cuán solos y abandonados nos vemos en un rincón de la inmensidad, juntando inútilmente nuestros plañidos al estruendo de quejas elevado por cada sér en su contingencia, en su limitación, en su dolor, hacia lo infinito. El jardín de los Carmelitas debiera estar florizado aun, si la materia tuviese alma, sentimiento, conciencia, tal matanza por él extendieron los sicarios, seguidas de horribosas orgías el dos de Setiembre. Y continuaron tras tal fecha brotando las flores, corriendo las mariposas, anidando las aves, como si nada hubiera sucedido en sus senos. Pero un día, piadosa mano desbrozó un sitio escombrado por fragmentos rotos cubiertos de plantas parietarias, ortigas y cicutas, y descubrió el brocal de un pozo donde había la matanza exterminadora en su delirio arrojado los mártires. ¡Qué horror, á pesar del tiempo pasado y de la facilidad con que se extiende sobre los recuerdos humanos, que debieran vivir más, el olvido, como sobre las ruinas los jaramagos y las zarzas. Abierto el pozo, encontráronse noventa y cinco cadáveres, de los cuales únicamente dos pertenecieron á mujeres. Los huesos destrozados, las mandíbulas rotas, los cráneos hendidos, las costillas separadas indicaban el tormento por que pasaron aquellos mártires. Pero había una particularidad, una particularidad horrible, cuyo conocimiento eleva la noche del dos en los Carmelitas á una de esas noches mitológicas inventadas por la sombría imaginación del Norte y puestas como un turbante de nieblas y de nieves y de ficciones en las cumbres de los montes, en que hay murciélagos carniceros, brujas hebedoras de sangre, duendes asesinos, ángeles exterminadores, vampiros que chupan médulas, el apocalíptico espectáculo de la destrucción y de la ruina universal. En el pozo hallaron aquellas manos piadosas que buscaban las reliquias de los mártires para colocarlas en relicarios sacros y ofrecerlas al culto religioso, ostras junto á canillas, tarros de dulces almibares junto á cavidades humanas destrozadas, con espinas dorsales enteras papeles de confitería, vasos bajo piés rotos, platos junto á hombros agujereados, en horrible confusión los cráneos hendidos de las pobres víctimas con las botellas de Champagne vacías apuradas en el degüello, demostrando cómo la plebe republicana del París revolucionario se asemejó á la plebe cesárea de la Roma imperial que trincaba y comía mientras los gladiadores se mataban entre sí á puñaladas, se retorcián á los estertores de sus últimos instantes y espiraban despidiendo al cielo maldiciones, las cuales al cabo condensaron en los aires aquellas venganzas de los cautivos á que llamamos irrupción de los bárbaros.

Cosa extraña, de singular extrañeza, el sigilo y silencio con que se apercibieron y se perpetraron aquellas escandalosas matanzas. Exceptuando verdugos y víctimas, únicamente las supieron, porque las presenciaron, aquellos vecinos de los apartadísimos ba-

rrios, donde las prisiones radicaban. Abadía y Fuerza, Carmelitas, Bicetre, Salpetierre, la misma Conserjería, estaban muy apartadas del centro brillantísimo parisién, á donde iban las gentes de pro y se condensaban, como en su colmena, los sentimientos con los juicios de la pública opinión. Así, la capital no conoció cuán horrible mancha se arrojaba ella por aquellos días encima, sino después de saber que la mancha era indeleble. Domingo, el dos, aquel año, la gente, que habitaba desde la puerta de San Martín hasta los Campos Eliseos, vacó en sus gustos y distracciones habituales, sin enterarse de que junto á ella pasaba la mayor tragedia por sus horrores y por sus consecuencias que han visto los siglos. El radio de las cercanías parisienses por la parte Norte, aquel hermoso lado, vecino de Saint Cloud y de San Germán y del Bosque, rebosó en regocijada muchedumbre, en los placeres compestres propios del otoño, como cualquier otro domingo corriente y vulgar. Veintidós teatros estuvieron abiertos sin tregua toda la noche. Y mientras los cómicos representaban sus farsas; mientras los titiriteros corrían sobre cuerdas tirantes ó flojas; mientras los payasos de risa se desternillaban y hacían desternillarse al público; mientras un cubiletero escondía por aquí los objetos más visibles y una saltimbanquis por allí rompía el aro de papel, entre chicoleos y risotadas y aplausos, los sicarios de una comunidad envilecida, deshonrada para siempre, al azuzamiento de su infernal oráculo, Marat, cogían por el cuello los hechos á su capricho reos de muerte; los arrastraban sobre losas empapadas ya en recien vertida sangre caliente; los degollaban como el matarife al cerdo; los descuartizaban en pedazos, formando montones de humanos despojos, sobre los cuales se trincaba, se comía, se bailaba, entre juramentos y blasfemias, al impulso de una plebe por completo enloquecida. ¡¡Matar!! No puede saberse, no, el número de víctimas inmoladas en aquel momento de vértigo. Los historiadores monárquicos las calculan en doce mil; en mil setecientas las calculan los historiadores demócratas. Pero no está en el número de las muertes el crimen de la matanza, está en el hecho, que ha sido implacablemente castigado. Nadie sabe la relación de los grandes efectos con las grandes causas, sino el misterio eterno en que vivimos envueltos, como nadie, sino Dios, el movimiento de los cuerpos opacos en las tenebreces del espacio infinito y sus relaciones con los cuerpos luminosos. Veamos un ejemplo. El romano antiguo se creía segurísimo del eterno imperio, donde dominaba con perdurable dominio. Lo mismo aplastaba él un gladiador en sus diversiones, que nosotros una hormiga en nuestros paseos. Mas no cabe dudar que, allá en los espoliarios, donde amontonaban los cuerpos de aquellos infelices, muchos, entre los amontonados allí, por creerlos muertos, y todavía vivos, aunque moribundos, despertados de sus vértigos y de sus síncope al fresco de la noche, cuando acababa el aleteo y el graznido de los cuervos reemplazándolo el choque de las quijadas de los perros, se levantaban sobre los huesos mondados, sobre las entrañas frías, sobre las carnes laceradas, sobre los despojos amontonados, y buscando con los

ojos, vidriosos al último crepúsculo de la vida, Roma en lontananza, la maldecían en maldiciones que se cumplieron sobradamente, pues condensándose allá en la eternidad como se condensan los vapores del bajo suelo en los altos aires, engendraron la irrupción de sus congéneres y vengadores, la irrupción de los bárbaros. Las matanzas no aparecen de suyo tan crueles por las víctimas que hacen como por los afines, por los deudos, por los amigos, por las personas amadas de esas víctimas que les sobreviven, y que pasan su existencia entre horribles dolores morales, más infelices y más castigadas que los pobres muertos. Así la generación, que perpetró los horrores de Septiembre, aunque por haber traído las revelaciones de los derechos humanos, fuera una generación predilecta del mundo y merecedora de los aplausos que le consagra la Historia; por haber tal crimen, como las matanzas de Septiembre, perpetrado, perdió la libertad, fué sierva de un déspota soberbio y tuvo que dejar una hilera de cadáveres insepultos desde las estepas de Moscú hasta las marismas de Cádiz, entre maldiciones y anatemas, porque los malvados cubiertos de lágrimas y de sangre, no podían valer para la República; necesitaban y merecían así el César como el cesarismo; pelear y morir por la gloria y la omnipotencia de un general en los horrores de la conquista y de la guerra.

Para ver cómo pasaban de aquel estado psicológico, por donde pasaban las muchedumbres extraviadísimas en tanta crisis, surgían fenómenos políticos, los cuales, ni se vieron antes ni se han visto después, en la sucesión de los siglos, no hay como considerar un caso extrañísimo; el caso de aquel tribunal revolucionario, improvisado en medio de las matanzas por Maillard, quien reunió jueces de los primeros que hubo á mano, inventó procedimientos extraídos de su magín y formulados en disposiciones orales; prestó á su increíble usurpación formas de autoridad regular y ordinaria; perdonó cuando quiso perdonar, sin que nadie le presentase un reparo; castigó cuando quiso castigar, hasta disponer de todos los comuneros circunstantes en derredor suyo como verdugos; y convirtió una triste y rápida junta de revolucionarios anónimos en el Tribunal Supremo de Francia, que fué una corte de justicia comunera, ordenando lo que le demandaba el gusto, y una carnicería de reses humanas degolladas por una matanza sin precedentes en un matadero sin nombre. ¿Quién era este Maillard? Pues un empleadillo en casa de jueces ó escribanos ó procuradores o abogados; una cosa por el estilo. ¿Qué había hecho? Esto es harina de otro costal, y merece capítulo aparte. Hay en las revoluciones gentes que alcanzan una reputación y una influencia perdurables; hay gentes que alcanzan una reputación é influencia transitorias. Los de reputación permanente, como Robespierre, dominan más ó menos en todo el período revolucionario; los de reputación fugaz, como este Maillard, suelen dominar en períodos rapidísimos con fugaz dominio, pero superior al obtenido por sus jefes y máestros. Maillard se había hecho un famoso nombre y se había captado una poderosa influencia en el día de la toma de la Bastilla. Todo el mundo le viera entonces

acometer al gigante castillo, imagen siniestra, por lo mismo fidelísima, del absolutismo y del privilegio, tan colosal y monstruosa como ellos. En la Bastilla subió, tras porfiados combates, hasta la cumbre de una torre, y teniendo que pasar á la torre vecina, donde se hallaba el núcleo de la resistencia con el general de la fortaleza y su Estado Mayor, echó un tablón de torre á torre y juró pasar por él. Con efecto, precedido de uno de sus camaradas en aquel grandioso movimiento y á mitad del paso, le dispararon un tiro, que le acertó y lo derribó desde las almenas en las raíces del torreón, por un trayecto de treinta metros. Maillard pasó en seguida, con rapidez felicísima, sin que hicieran en él blanco las balas de sus enemigos, y sin que sufriera vértigo ninguno, como prestándole alas su fe y su esperanza, patentes en su espíritu heróico. Siguiéronle sus compañeros, y entre todos, después de combatir por aquellas alturas y de porfiar y forcejear con sus últimos defensores, triunfaron, uniendo Maillard su nombre modesto á los nombres más tarde famosos, que brillaron en este día, porque trageron desde aquellas piedras ennegrecidas y ensangrentadas la libertad al Universo. Así, quedó su figura pintada en la retina del pueblo, y su apellido fijado en la memoria del pueblo, á quien dominó como si lo dirigiera desde lo alto de la Bastilla en los días creadores del triunfo. Nada extraño el papel de Maillard en las jornadas de Octubre, muy célebres; jornadas en que la plebe parisién se partió á Versalles, requiriendo del Rey su regreso á París, en impedimento á las reaccionarias maniobras versallesas; jornadas que le ofrecieron ocasión de manifestar sus dotes y ejercer su poderío. No pertenecía Maillard á esos revolucionarios que se gozan en empeler el pueblo adelante sin pararse ante las consecuencias que puedan traer sus empujes y sus empujones. No iba siempre delante de las muchedumbres; iba muchas veces al lado y detrás otras veces, conminando y advirtiendo. Maillard impulsaba y retenía. En este peligroso empeño de sustituir al motor el freno, encontraba resistencias, á primera vista invencibles; pero resistencias superadas, por su autoridad primero, y después por su resolución unida con su perseverancia. En Octubre dió una muestra de tal poder. Dirigió, no legiones de hombres; dirigió elementos de más difícil dirección; dirigió legiones de mujeres. El hambre reinaba, y al hambre podía subseguirse el saqueo. Maillard lo impidió. París le debiera el mayor servicio que podía deberle á un mortal: el apartamiento de un trágico tumulto en que no hay ninguna defensa posible contra mujeres batalladoras, pero débiles é inermes. Torció la nube, que amagaba caer sobre París, y la condujo á Versalles. Verdad que las turbas se llevaron cautiva la familia real á Tullerías; pero verdad también que no se llegó al saqueo y al incendio, predicados por muchos demagogos en los varios trágicos incidentes de aquel espantoso aquelarre. Maillard sabía con ciencia indudable halagar al pueblo y refrenarlo. Soltábale, hasta cierto punto, la brida; y, cuando el pueblo se impacientaba por desbocarse, lo sometía con una centelleante mirana ó con una rápida frase. No quiso hacer otra cosa que refrenar al pueblo, instituyendo su increíble improvisado tribunal en

la madrugada del dos de Septiembre. Ya que nadie dirigía el aquelarre y nadie gobernaba, ocultos los primates, como en todas las críticas ocasiones revolucionarias, él improvisó un tribunal, más que á impulsos de la justicia el infeliz, á impulsos de la misericordia.

Maillard estaba tísico; y la fiebre, al devorarlo y consumirlo, prestábale sacudimientos nerviosos tan extraordinarios, miradas con relámpagos y centelleos tan siniestros, ardores tan voraces en las manos, que parecían ardientes planchas, y en la cabeza, que parecía volcánica con sus purpúreas erupciones, resuellos y suspiros tan semejantes á sollozos, que la multitud se le rendía, como pueda rendirse al fascinador el fascinado. Languirucho, desmalazadísimo, descompuesto; semejante á una línea, pues su flaqueza material parecía quitarle una de sus tres dimensiones, la profundidad; predomina como un trofeo sobre un ejército, con su frente muy erguida sobre la muchedumbre; y el mismo ardor febril; á cuya voracidad se consumía, desarrollábase alrededor de sus sienes como si fuera un sobrenatural nimbo, una señal de pertenecer á regiones y á especies inaccesibles para el pueblo, que veía en su terrible dolencia una superioridad sobrenatural y misteriosa. ¿Explicáis ahora cómo se presentó entre las matanzas, á donde nadie le impelia, y se arrogó un ministerio de supremo juez que nadie le confiara? Decía Donoso, «no merece la toga viril el varón á quien la suerte ó la Providencia, negaran un período de revolución en su vida.» Pues no ha visto período social instructivo quien jamás presenció el paso de cualquier sociedad humana desde unas formas á otras formas de gobierno. ¿Queréis creerlo? Junto á los tribunales extraordinarios los tribunales ordinarios; junto á las leyes promulgadas desde los mostradores de cualquier taberna, las leyes por los poderes públicos establecidas; junto á los jueces consagrados por la justicia oficial y ordinaria, los jueces improvisados; junto al verdugo de la ciudad estos verdugos surgidos como diablos para con rabia matar y con rapidez irse, como engendros de una verdadera pesadilla. Sombrio, gustábale á la gente huida de lo sobrenatural, por parecerse á una sombra del otro mundo. Fanático, su fanatismo cambiaba de objeto, pero no de naturaleza; era muy análogo al fanatismo de los cruzados en las guerras albigenses, al fanatismo de los degolladores en la noche de San Bartolomé, á ese fanatismo que ha encendido tantas hogueras y devorado tantas víctimas, escupiendo lo mismo al nombre de Dios que al nombre de la libertad sus blasfemias y sus crímenes. Hay algo sobrehumano en este fanatismo que no conocen las bestias mismas, como hay algo sobrehumano en el ideal y la fe viva en el ideal. Pero, no le hubiera bastado con ser fanático y ser sombrío, si al mismo tiempo no fuera violento; y esta violencia no le diera ningún resultado, si no la subsiguiesen períodos de calma y de dulzura, en que aquel tigre oculta sus uñas, como un gato deseoso de acariciar y ser acariciado. Así, en aquel momento, embargábale una idea capital: convertir en justicia la venganza, consiguiendo del pueblo que sólo matase á los realistas y á los aristócratas y á los curas comprometidos con los emigrados reaccionarios y con la irrupción extranjera. Para esto y sólo